

LA VERTICALIDAD DEL DESEO: "EL GATO" DE JUAN GARCÍA PONCE

Laura Hernández Muñoz

*El gato apareció un día
y desde entonces siempre estuvo ahí.*
J.G.P.

El discurso de Juan García Ponce, en su cuento: "El gato", comprueba la teoría de que el ser humano, haciendo uso de la perversidad inherente a su naturaleza, busca la trasgresión como recurso último para lograr el exceso que vivifique su espíritu. La situación del texto se caracteriza por el sentido de excepción amorosa que sufren los personajes. Esto es manejado por el autor como una inadecuación a la moralidad que rige al mundo del cual provienen, y de la inserción en una nueva forma de marginalidad. García Ponce presenta seres cuyo fracaso social es replanteado a través de sus encuentros sexuales: de fin de semana: laberinto de vigilia que los lleva a enfrentarse con sus miedos y sus obsesiones.

La figura del gato, paralela al devenir del hombre desde tiempos inmemoriales, ha sido alabada y perseguida: era Bast, la diosa de la maternidad y fertilidad en el antiguo Egipto, o el símbolo de la maldad, en la Edad Media. El felino representa la esencia salvaje en un mundo que no quiere ser así, por lo tanto su presencia jamás pasa desapercibida: es la fuerza del misterio, de lo oculto disfrazado de obvio, el presentimiento que se hace realidad: testigo del porvenir. Es el encantamiento que nos lleva a sacar de nosotros mismos, la parte instintiva que le corresponde. Encuentro del super yo en el yo natural.

Y para que la simbiosis se logre, García Ponce, hace necesario que en la estructura del mundo representado por los personajes, se geste un proceso de deterioro social y sexual. La relación triangular conformada por *D*, la mujer y el gato, permite que visualicemos un trayecto de carácter interior que va desde un estado de precariedad inicial a un estado de apertura y disposición ontológica diferente;

dicho proceso se desarrolla al introducir al animal en sus vidas, con quien inician el viaje hacia lo desconocido. Nada será igual después de su llegada.

Los personajes, solamente género: mujer sin nombre, hombre: solo una letra, ocultos tras el que sí sabe quien es: un felino gris, un gatoniño que maúlla reclamando, exigiendo y, a la vez sin explicar nada, imponiendo su presencia. Dos seres frente a la naturaleza salvaje que los acecha y seduce a través del deseo, elemento faltante en sus espíritus castrados por la vida urbana que domestica, devora y desecha. El gato es el ubicuente, de piel fina, ojos amarillos reducidos a una raya alógena, que los captura. El animal, con su presencia, da inicio a una relación de curiosidad-dependencia, mediante el brillo de su mirada.

Los personajes llegan a sus destinos personales, por una transgresión manifiesta al cánón lógico e interferencial de la razón; el momento de traspaso de dicha puerta, implica la depuración de lo aprendido en su pasado cultural. Se trata de un paulatino y sostenido decantamiento de la subjetividad, anclada en una legalidad ajena a todo control consciente. Este paradigma de lo doble, de la incertidumbre, les permite el acceso, a un mundo invisible que no se sabe si es creado o ya existía antes del primer encuentro con el animal. Lo tangible es que la vida inmóvil de *D*, cobra sentido en el contacto con el gato, quien desencadena la lucha masoquista. Ya introducido en el espacio denso del habitat de la pareja, el contacto de sus patas sobre el cuerpo femenino desnudo inicia el vínculo entre ellos, hay un deseo nuevo que ninguno de los dos personajes humanos se atreve a expresar.

El pensamiento erótico se encarna y se hace *ser*, signo que transgrede el espacio lúdico de sus cuerpos. Juego de llegar al otro, a ser el otro; presencia que parcializa a la razón y falsea la realidad: el territorio explorable. Así el hombre que se descentra en una actitud tantálica en busca de intersticios en su propia conciencia.

El gato, sobre el campo de la cama, la almohada o firme en el medio, espera el regreso del cuerpo de la mujer. *D*, plegado a las reglas del juego que él propuso al introducirlo en sus vidas, lo deja enseñorearse. Los personajes se hacen cómplices en su deseo carnal y en el horror, las dos fuerzas de la pasión humana.

El hombre busca extender, con el felino, otra manifestación de su sexualidad, casi antropoforma, que lo lleve a experimentar lo que está más allá de lo humano: un estímulo que accione el mecanismo de su fantasía condicionado a su voluntad, sin el compromiso de la pertenencia. Este es el engaño: pensar que siempre se tendrá el control sobre el demonio que se libera. Los personajes abren la caja de Pandora, pero no para dejarlo salir, sino para entrar con él. La presencia inocente, frágil del gato, sobre el cuerpo femenino que lo acoge entre sus pechos en un valle protector; se convierte en el hombre que ella desea. ¿Quién la toca?, ¿el gato o *D*? *D* anhela ver al animal sobre ella, comparar la turgencia del pezón tocado por éste, con el acariciado por él mismo, como si se hubiera desdoblado en un acto shamánico penetrando en el mundo mágico-espiritual en el que los estados de la conciencia se alteran. Sintonizado con el invitado, hace del deseo, la sede misma de su autenticidad, superando la representación de su imaginario. Ahora, él recorre a la mujer en todas direcciones, primero con temor, husmeando, oteando la cumbre de su cabeza, deslizando sus finas patas entre la cañada de sus piernas que lo llevan a solazarse en la selva púbrica. Entonces, el gato les sería indispensable en sus encuentros eróticos. De allí la vigencia del enigma de María Zambrano: "sólo es propio de lo que siendo o pretendiendo ser uno, está aprisionado en la multiplicidad, y sujeto a padecer sus propios estados".

El funcionamiento de lo doble trastoca cualquier oposición dialéctica: deseo y rechazo. García Ponce se obsesiona tanto con el tema, que reescribió el cuento, convirtiéndolo en una novela de ciento dos páginas, en las cuales, busca el sentido, la acción en muchas opciones: juega con los destinos de sus personajes, los lleva a un paso del límite y, a la vez, no más allá, en una especie de franqueamiento imposible. Los coloca frente a lo que no conocen, siendo ellos los

sujetos desconocidos: la mujer necesita al gato para cerrar el círculo triangulado con el hombre. Todo se sucede como en una obra de teatro, cada cuadro tiene su valor. Después de hacer el acto sexual, el animal permanece como imagen, aunque su cuerpo ya no esté. Su presencia es el signo, el vínculo del que hablábamos anteriormente.

El autor no enfrenta a sus personajes a juicio moral alguno, solo reproduce el hecho, el juego de cuerpos que se mezclan y relacionan con naturalidad. Las entradas y salidas del animal en el departamento son parte del ejercicio: estará siempre ahí haciendo binomio o *ménage à trois*: se ha encarnado, ¿quién? ¿el hombre en el animal o viceversa?. Una sola dimensión en el campo del placer. Su presencia es omnisciente. La ensoñación toma forma en un rasguño rojizo en la espalda de ella. Al pasar *D*, su mano por esta delgada línea, siente al cuerpo femenino tensarse como arco a punto de disparar su flecha. Él lo entiende como marca de territorio del gato. Vuelve a tocarlo varias veces con suavidad. Ella cae en éxtasis y le pide que la tome. El estado de indefensión de la mujer se refleja en el intento por sentir lo desconocido, lo que está más allá de lo experimentado: el punto de unión entre lo animal y lo humano.

La certificación del fetichismo erótico del gato sobre los personajes, nos la da García Ponce al abandonar al hombre y a la mujer en un limbo asexuado con la ausencia del felino. El rompimiento de la acción, persigue la justificación para el reencuentro. Los hace entrar al juego de la ansiedad, por el cuerpo faltante: un nexo con lo extraño, para recobrar los miedos que les dan vida. Después de la experiencia con el gato, nada es igual. Ella decae en su apetito –antes voraz- por el cuerpo de su compañero. La transmigración se ha completado. El gato, tiene el control, *D*, lo entiende y acepta, cuando al escuchar el maullido lastimero tras la puerta; le abre, y junto con él, camina hacia la cama. Ella los espera.

La realidad corporal, único límite, ha creado un lenguaje nuevo, desconocido, a partir de transformar al gato, de un ser que se interponía entre ellos, a vínculo

sexual y vértice de sus vidas paralelas. Triangulación perfecta, pues uno de los testigos solo mira. Si acaso, maulla. Aunque su mirada contenga el fuego de la inmolación de los humanos.